

VATICANO II. LAS RELACIONES DE LA IGLESIA CON LAS RELIGIONES NO CRISTIANAS. Comentarios bajo la dirección de A. M. Henry. Traducción de Francisco Pérez. Ed. Taurus, Madrid, 1968, 413 pp.

La presente obra es el primer volumen traducido al castellano de los comentarios que la Colección Unam Sanctam (Cerf, Paris) dedica al Vaticano II. El libro tiene cuatro partes, precedidas de un *Prólogo: Texto latino y traducción castellana* (I), *Historia* (II), *Comentarios* (III), y *Anejos* (IV). Ha sido idea afortunada agrupar entre los colaboradores a profesores y misioneros, que dan cuenta a la vez de los aspectos teológicos y pastorales de la Declaración.

La Declaración "Nostra Aetate" contiene principios de no poca relevancia teológica. Baste citar solamente las alusiones a la cuestión de la solidaridad de la Iglesia con la humanidad, ecos de las Constituciones *Lumen Gentium* y *Gaudium et Spes*; las relaciones entre Religión y Revelación; los elementos varios con que determinadas religiones no cristianas tratan de responder a graves problemas que afectan al hombre, ecétera.

El volumen que nos ocupa responde sin duda a la intención de ofrecer, en claridad y profundidad, una visión adecuada de la situación histórico-teológica subyacente a la Declaración, mostrar sus componentes y líneas fundamentales, y, finalmente, formular los interrogantes que abre.

El *Prólogo* está a cargo de A. M. Henry, director del comentario. Contiene breves ideas, en general adecuadas a su propósito introductorio, aunque un tanto perdidas entre el excesivo número de citas ajenas.

La versión castellana de la Declaración, que figura en la 1.<sup>a</sup> Parte junto con el texto latino, sigue sustancialmente las líneas de traducciones anteriores. Es, por ejemplo, muy similar a la versión de la Biblioteca de Autores cristianos (4.<sup>a</sup> ed., 1967).

La 2.<sup>a</sup> Parte está dedicada a narrar la complicada historia de la Declaración. El autor, G. M. Cottier, ofrece naturalmente un trabajo de índole descriptiva, salpicado, sin embargo de oportunas referencias que presentan al lector motivaciones teológicas operantes en la gestación e *iter* del documento.

La 3.<sup>a</sup> Parte se abre con la "Lectura de la Declaración por un misionero de Asia", el P. J. Dournes, que inaugura los comentarios propiamente tales. Es intención expresa del autor evitar un enfoque abstracto al reflexionar sobre la Declaración. "Me siento conducido a resolver el problema —dice— como si estuviera planteado en estos términos: ¿cuál es mi relación de cristiano con respecto a estos hombres que no son cristianos?" (p. 106). El comentario abunda en consideraciones de sociología religiosa, no siempre fáciles de seguir. A veces quedan un tanto inconclusas, y el conjunto adolece de cierta vaguedad. Por otra parte, Dournes hace ver con acierto las razones por las que toda conversión exige rupturas, y ofrece interesantes sugerencias acerca del terreno donde, según él, podría producirse el encuentro entre la Iglesia y las religiones no

cristianas. El artículo acaba con unas breves y precisas reflexiones sobre la necesidad de la Misión, que "sigue en pie intacta dentro de la actitud más abierta de la Iglesia hacia los otros" (p. 135).

A continuación, el P. H. Maurier nos ofrece las páginas que constituyen quizás la contribución más densa del volumen: "Lectura de la Declaración por un misionero de Africa". El comentario de Maurier realiza un logrado equilibrio entre el examen de principios teológicos generales y la mención de consideraciones prácticas, que cumplen también un útil papel informativo. El autor enumera las cuestiones que son terreno común a la Iglesia y a las religiones no cristianas (Un solo Dios, una sola humanidad, percepción de lo sagrado, sentido religioso...). Opina que la excelencia "intelectual" de una religión no es necesariamente criterio de su validez (p. 158), y habla a continuación de la importancia religiosa de las culturas orales africanas. Invita a no confundir "hierofanía" e idolatría. Para la primera, encuentra diversos paralelos bíblicos (p. 160), que la dejan, para nosotros claramente libre de politeísmo (p. 164). En este contexto, las ideas que encontramos acerca de una *manera africana* de expresar la fe son interesantes. En alguna ocasión, el autor se muestra menos afortunado en sus expresiones. Nos dice, por ejemplo, en pág. 170, que "en las religiones no cristianas se da verdad y santidad que no se encuentran en la Iglesia católica". Aunque se trata de una afirmación adjetiva en el texto, es evidente que sobrepasa equívocamente la afirmación conciliar acerca de los "elementos de verdad y santidad" presentes en diversas religiones no cristianas.

Con acierto se expone la conversión a Cristo como un proceso de maduración, que supone en las religiones una promoción de sus elementos válidos, a la vez que una renuncia a todo lo que en ellas deba morir (p. 187).

En las últimas páginas, el autor propone las líneas generales de lo que debe ser, en su opinión, una teología cristiana de las religiones no cristianas (pp. 188 ss.). El punto central es la búsqueda de lo "específico" pagano, que, para Maurier, está en la *relación religiosa*. "El objeto propio de la relación religiosa entre el hombre y Dios en las religiones paganas es esencialmente la condición humana... En el Cristianismo, por el contrario, el objeto propio de la relación religiosa entre hombre y Dios es el proyecto de salvación que Dios revela a los hombres en Jesucristo, y no la condición humana sola" (p. 191). Al anunciarnos el plan divino, Cristo obliga a los hombres a descentrarse de sí mismos (p. 194). "Cristo no nos exige ningún acto ritual específicamente cristiano, sino sólo que vivamos la condición humana de una manera nueva, con la fe y la confianza más enteras en el Padre de los cielos" (198). Nos parecen afirmaciones válidas, pero incompletas. Exigen matización y complemento. En ocasiones no es posible distinguir o separar el rito de su *substancia y novedad cristianas*. Por otra parte, la conversión exigida en el anuncio del evangelio es mucho más que un proceso individual de mejor o más profunda autocomprensión. La proclamación del evangelio es vehículo de la gracia, creadora de una vida nueva que debe verterse en formas nuevas, aunque esas formas no sean lo esencial.

En dos artículos distintos, el P. J. Mason se ocupa a continuación del Hinduísmo y del Budismo. Ambos comentarios se destacan por su intención descriptiva, no exenta, sin embargo, de útiles valoraciones. Piensa el autor que el Hinduísmo no puede ser asumido por la religión cristiana, aunque "la India —dice, citando a J. Monchanin— no puede ser excluida del proceso de asimilación por el Cristianismo y de su transformación en él" (p. 217). Mason dedica abundantes páginas a examinar las diferencias hindúes con la filosofía judeo-cristiana (pp. 209); la idea de liberación (p. 218); la yoga y ascetismo india en general (p. 220); y, finalmente, la devoción (p. 226).

En relación con el Budismo, las reflexiones más dignas de mención se refieren a la comparación entre humildad cristiana y crítica budista del hombre (pp. 237...).

El artículo de R. Caspar acerca de la Religión Musulmana presenta también un marcado carácter informativo. Son seguramente poco conocidos por los cristianos diversos elementos religiosos islámicos que aquí se recogen. Destacan entre ellos la devoción a María (p. 278), la escatología (p. 290), aspectos de la vida moral (p. 292) y el culto (p. 294).

El comentario sobre la Religión judía, escrito por G. M. Cottier, cierra prácticamente la Parte 3.ª del libro. El autor destaca con acierto la secundariedad del tratamiento del *Judaísmo como religión* en la intención y fines del Concilio. Israel es fundamentalmente contemplado en sus relaciones histórico-salvíficas con la Iglesia. De acuerdo con este punto de vista, Cottier habla de los privilegios de Israel, del reconocimiento de esos privilegios por parte de la Revelación y teología cristianas, y de la cuestión del "deicidio". Aunque el autor no lo dice expresamente, al tema de Israel es tácitamente atribuida por el Concilio la condición de tema *ecuménico*, dadas sus singulares características. El texto del comentario se rompe sin cesar con largas citas, y se observa un excesivo apoyo en los puntos de vista de Ch. Journet y J. Maritain, que vienen a ser los reales comentaristas.

Entre los *Anejos* figuran, en forma sinóptica, las formas sucesivas de la Declaración, que facilitan seguir la historia del texto.

La traducción del volumen es, en general, correcta.

JOSÉ MORALES

**MYSTERIUM SALUTIS.** *Manual de Teología como historia de la Salvación.* Dirigido por J. FEINER y M. LÖHRER. Traducción española de M. Villanueva. Ediciones Cristiandad, Madrid, 1969, 2 vols., 1123 pp.

La presente obra es el primer volumen, en dos tomos, de un tratado completo de Teología sistemática que comprenderá en total cinco volúmenes con arreglo a la siguiente distribución: I. Teología fundamental como Historia de la Salvación; II. La Historia de la Salvación antes de Cristo; III. Cristo. La Redención; IV. La Iglesia; y V. El caminar en el tiempo del hombre redimido y la consumación de la Historia de la Salvación.